

EL ENGENDRO

El techo de la Sala de Derechos Humanos y Alianza de las Civilizaciones de la sede de Naciones Unidas en Ginebra ha generado una gran polémica por el coste desorbitado del engendro -veinte millones de euros, tres mil trescientos millones de las antiguas pesetas- y porque la contribución del Gobierno español ha incluido una parte detraída a la línea presupuestaria de ayuda al desarrollo. El inefable Moratinos, admirador y exegeta de Machado, ha decidido que la pesadilla multicromática de Barceló merece el sacrificio de unas cuantas vacunas, incubadoras e instrumentos quirúrgicos en África central dado que el arte no tiene precio, incluso medido en vidas humanas. Este episodio delirante, uno más en la larga estela de disparates, incoherencias e indignidades del Gobierno que padecemos, encaja a la perfección en su trayectoria y en su esquema de comprensión del mundo. En primer lugar, la arbitrariedad cesarista del encargo, atribuido a un pintor que se ha distinguido por su apoyo servil a ZP. En segundo, la inmoralidad manifiesta de transferir fondos destinados a satisfacer necesidades urgentes de los desposeídos de la tierra a la satisfacción del capricho frívolo de un diletante insustancial como el inquilino de La Moncloa. En tercero, la exhibición entre aldeana y hortera de vanguardismo artístico simulando arrobos ante un remedo plastificado de la Cova del Drac coloreado a manguerazos por un caradura que se ha embolsado seis millones a base de una tomadura de pelo monumental. Y en cuarto, la falta de respeto a la Corona obligando al Monarca a prestigiar con su real presencia la inauguración de semejante bodrio. Cuando Marcel Duchamp mostró al mundo su inodoro elevado a obra maestra comenzó una nueva era de destrucción deliberada de la belleza, de provocación deletérea al servicio de la degradación estética de nuestra civilización. Es lógico que ZP se apunte a este tipo de bufonadas porque el compromiso ético obliga a decidir con rigor y con riesgo y nuestro insigne pacificador es partidario del método deliberativo, ese fluido blanduzco en el que nadan los relativistas sin escrúpulos y los ignorantes compulsivos.

Aleix Vidal-Quadras